

---

Una vez nada más



J. Jesús Blancornelas



---

**OCEANO**

---

## ÍNDICE

---

Tan lejos del poder, tan cerca de la política, 37  
Tan lejos del poder, tan cerca de la pobreza, 81  
Tan lejos del poder, tan cerca de la muerte, 91  
Tan lejos de la cárcel, tan cerca de la PGR, 133

*Referencias de las fotografías, 151*

*Índice de nombres, 153*

---

## TAN LEJOS DEL PODER, TAN CERCA DE LA POLÍTICA

---

Si viviera Plutarco Elías Calles, y hoy como antes tuviera el poder, en México ya estarían funcionando los casinos de juego. Por eso, cuando él era el Hombre Fuerte de la Revolución —dirigiendo al país; quitando y poniendo presidentes—, mandó al general sonoreense Abelardo L. Rodríguez al lejanísimo y casi deshabitado Territorio de Baja California Norte, para que le cuidara el afamado Casino Agua Caliente de Tijuana. Comenzaban los años treinta.

Este militar —alto, esbelto, bien parecido, calvo, con aires de diplomático y buenas maneras— era un excelente negociante: las empresas que fundó hace casi setenta años todavía existen. El éxito descansó en la ventaja que le dio el poder político y el grado militar que ostentaba. Y no se equivocó don Plutarco cuando lo comisionó a Baja California y lo hizo gobernador; sabía que Rodríguez era un hombre de confianza probado. Calles lo hizo presidente, y don Abelardo no anduvo con insomnios en Palacio Nacional buscando asonada, traición y poder.

Don Plutarco, que nunca le quitó el ojo de encima a sus cercanos y menos a sus lejanos, sabía que don Abelardo era todo habilidad para manejar el dinero, para rodearse de leales y para sacar provecho del puesto que le asignaban, sin sobresalto para quien lo nombraba.

La inteligencia del señor Calles fue exacta. Don Abelardo llegó para gobernar y no lo hizo mal, y, así como no queriendo la cosa, le

cuidó bien, demasiado bien, el esplendoroso, elegante, afamado Casino Agua Caliente de Tijuana.

Asentado en una extensión tan grande como el Bosque de Chapultepec de la ciudad de México, Agua Caliente tenía las instalaciones más ensoñadoras jamás vistas: una construcción impresionante en el más puro estilo californiano; salones principescos enmarmolados o de piso cubierto con fino mosaico; bungalows como en ninguna parte del mundo; albercas y fuentes cual si fuera un escenario de un cuento de *Las mil y una noches*; impecables, exactas, impresionantes mesas de bacarat, de ruleta, de dados; pista de aterrizaje para aviones pequeños; un galgódromo, y también hipódromo.

Siempre había lleno los fines de semana, cuando los norteamericanos vivían bajo la Ley Seca. Ir al Casino Agua Caliente en aquellos tiempos, era de más caché que cuando hoy se dice “vamos a Las Vegas”.

Para entrar, era preciso que los caballeros vistieran de smoking y las damas de largo. Casi nadie hablaba español, pero todos sentían “la felicidad” de estar en México. Bebían licor italiano, whiskey inglés o bourbon canadiense; cognac francés; las “margaritas” todavía no se inventaban; y la cerveza era para la chusma.

Los mexicanos abrieron sus brazos para recibir a los visitantes y los norteamericanos sus carteras para traernos dólares.

El negocio funcionó de maravilla.

A pocos kilómetros de San Diego y a tres horas por carretera desde Los Angeles, el Casino Agua Caliente de Tijuana se convirtió en una aspiradora de billetes verdes y en el obligado punto de reunión para los norteamericanos; sobre todo, si eran famosos. No podían ellos emborracharse en su tierra, pero sí regresaban a ella asomándoseles la resaca; tampoco podían jugar en su país, pero sí volvían a sus casas, a veces, con las bolsas repletas de dólares, o, las más de las ocasiones, vacías.

Don Abelardo tenía indudablemente un ojo en la gubernatura y otro en el casino. Le aprendió muy bien a don Plutarco eso de tener a todos en un puño. Los dólares, sin pasaporte, que cruzaban la fron-

tera de California a Tijuana hacían una escala obligada en la chequera de don Abelardo, y terminaron —¡qué IVA ni qué chifladeras!— en la caja fuerte de don Plutarco. Por eso, al Hombre Fuerte de la Revolución le hacían cosquillas las trampas que le ponían sus enemigos para dejarlo sin abastecimiento económico.

Y para esos brinquitos de dólares, el general Rodríguez utilizó a sus amigos y a uno que otro de esos mexicanos a quienes la suerte, el destino o el destierro desbalagaron por la frontera tijuanaense.

Así, los juegos de azar, mezclados con los rescoldos de la Revolución mexicana, parieron y abortaron a los primeros ricos y a los primeros políticos, a los primeros ricos-políticos, a los primeros políticos-ricos, allá en el norte de Baja California. Lo malo para Calles y para don Abelardo, fue que llegó a la presidencia el general Lázaro Cárdenas.

El Tata supo con detalles que don Plutarco se refaccionaba económicamente con los dólares del casino tijuanaense. Uno y otro lo entendieron muy bien.

Y con el mismo poder con que don Plutarco mandó al general Rodríguez a Tijuana para cuidarle el casino, don Lázaro expropió Agua Caliente: “por causas de utilidad pública”. La suya también fue una gran jugada política; puso quieto a su enemigo, y podría decirse, utilizando jerga militar, que le cortó el suministro.

Se acabó Agua Caliente; y con él la dolariza. El presidente cimbró a políticos y ricos: convirtió al famoso casino en un internado para jóvenes humildes, en centro educativo. Y las críticas que una mínima parte de la población tuvo para ese famoso lugar, se volvieron elogios. Al fin, decían, Cárdenas acabó con ese maldito lugar de juego, vicio, prostitución y degeneración. Pero, la verdad de las cosas, a Tijuana le dieron algo así como una puñalada. Los gringos ya no la visitaron; los dólares escasearon y el glamour de las estrellas norteamericanas dejó de iluminar las noches bajacalifornianas.

Disminuyó la influencia de Abelardo L. Rodríguez; sus grandes políticos dejaron de serlo: quedaron sólo como grandes ricos. Y

mientras su poder se les esfumaba, un joven secretario de Gobernación, y, por ello, con excelente información en sus manos, puso los ojos en Baja California: Miguel Alemán Valdés.

Con este hombre que se convertiría en el primer presidente civil de la república, luego de la Revolución, vino lo que fue una repetición de la pareja Calles-Rodríguez: el coronel Carlos I. Serrano fue enviado a Tijuana. Alemán y Serrano no recurrieron al juego: se llevaron de Veracruz y del Distrito Federal a parientes y amigos. Llegaron dejándose notar; trajeados, elegantes y decentes, y casi todos con una gran prole; sobre todo, con una franca ambición de poder y de dinero.

Los colocaron para manejar las delegaciones federales. Les dieron la charola de los terrenos y las concesiones, de los grandes negocios; de las preferencias para importar lo que no se podía surtir desde territorio nacional. Nunca hubo tanta parentela y amigos, simultáneamente, en el poder y los negocios, como en tiempos de don Miguel. Y, seguramente, nunca en este país y en Baja California tantos se enriquecieron en tan poco tiempo y para mucho tiempo.

Así como don Abelardo agarró a los desbalagados en la deshabitada Tijuana, el coronel Serrano pescó a amigos y parientes para hacerlos gobernadores, regidores, burócratas de distinción, diputados, jefes de la policía y hasta presidentes municipales. No dejaron puesto público sin ocupar: administraciones aduanales, direcciones de hospitales, jefaturas de bomberos, de Población y de Hacienda; bueno, hasta concesionarios de restaurantes y puestos de tabaco del aeropuerto.

En dos palabras: casi todo.

Así, el alemanismo tumbó del poder al callismo. Casualidad o maldición, coincidencia o circunstancia, el fenómeno se repetiría desde entonces: cada seis o, cuando mucho, nueve años; como si fuera un sube-y-baja.

Y Baja California es el único estado del país, hasta hoy día, que jamás gobernó un nativo. Jamás.

Los decenios se han significado y:

en 1940-50, el veracruzano Miguel Alemán Valdés hizo a los ricos;